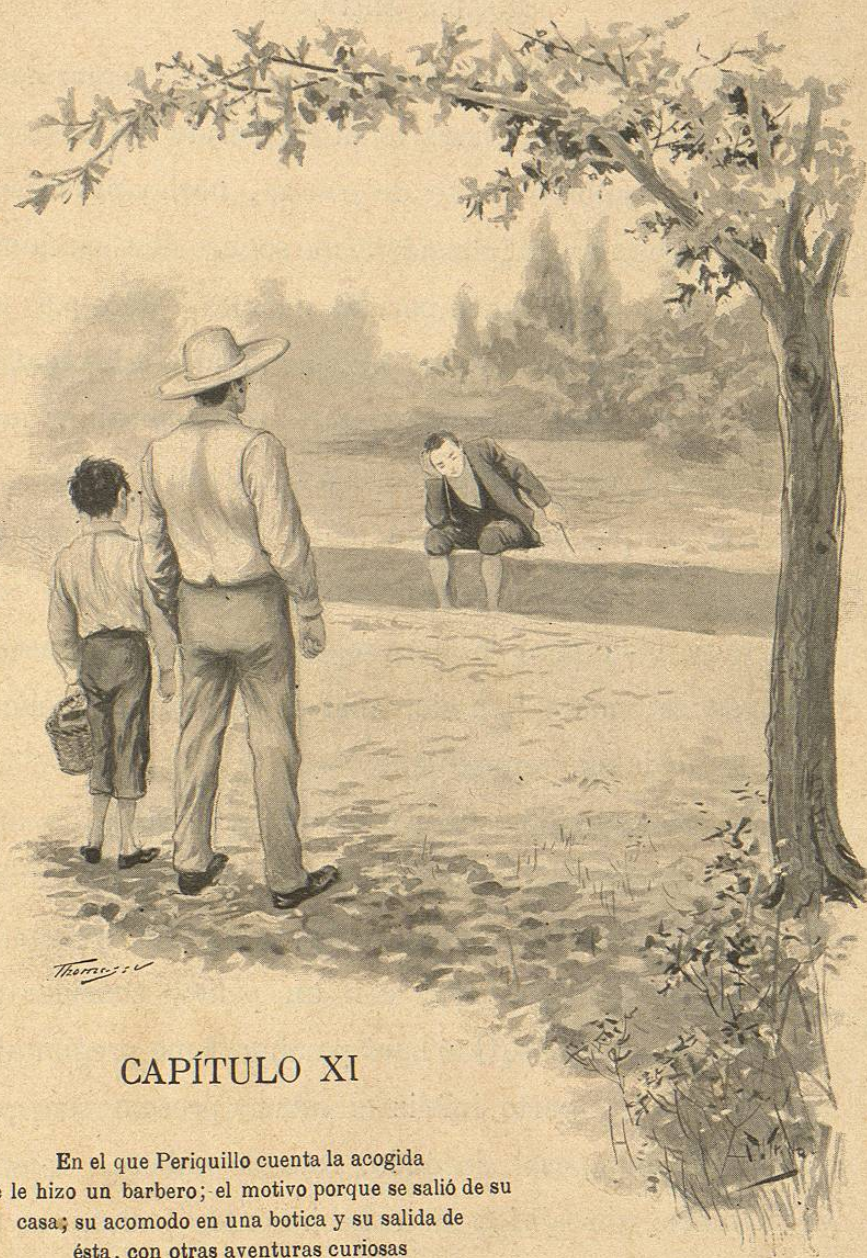


Como dos cuabras corrió Chanfaina tras de mí gritándome sin cesar: — ¡Párate, bribón; párate, pícaro! — pero yo me volví sordo y no paré hasta que lo perdí de vista y me hallé bien lejos y seguro del garrote.

Este fué el honroso y lucidísimo modo con que salí de la casa del escribano, peor de lo que había entrado y sin el más mínimo escarmiento; pues en cada una de éstas comenzaba de nuevo la serie de mis aventuras, como lo veréis en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XI

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero; el motivo porque se salió de su casa; su acomodo en una botica y su salida de ésta, con otras aventuras curiosas

Es increíble el terreno que avanza un cobarde en la carrera. Cuando sucedió el lance que acabo de referir eran las doce en punto, y mi amo vivía en la calle de las Ratatas; pues corrí tan de buena gana que fuí á esperar

el cuarto de hora á la Alameda; eso sí, yo llegué lleno de sudor y de susto; mas lo dí de barato así como el verme sin sombrero, roto de cabeza, hecho pedazos y muerto de hambre, al considerarme seguro de Chanfaina, á quien no tanto temía por su garrote como por su pluma cavilosa; pues si me hubiera habido á las manos seguramente me da de palos, me urde una calumnia y me hace ir á sacar piedra mucar á San Juan de Ulúa.

Así es que yo hube de tener por bien el mismo mal, ó elegí cuerdamente del mal el menos; pero esto está muy bien para la hora ejecutiva, porque pasada ésta, se reconoce cualquier mal según es, y entonces nos incomoda amargamente.

Tal me sucedió, cuando sentado á la orilla de una zanja, apoyado mi brazo izquierdo sobre una rodilla, teniéndome con la misma mano la cabeza, y con la derecha rascando la tierra con un palito, consideraba mi triste situación.—¿Qué haré yo ahora? me preguntaba á mí mismo. Es harto infeliz el estado presente en que me hallo. Solo, casi desnudo, roto de cabeza, muerto de hambre, sin abrigo ni conocimiento, y después de todo, con un enemigo poderoso como Chanfaina, que se desvelará por saber de mí para tomar venganza de mi infidelidad y de la de Luisa, ¿á dónde iré? ¿dónde me quedará esta noche? ¿quién se ha de doler de mí, ni quién me hospedará si mi pelaje es demasiado sos-

pechoso? Quedarme aquí, no puede ser, porque me echarán los guardas de la Alameda; andar toda la noche en la calle, es arrojado, porque me expongo á que me encuentre una ronda y me despache más presto á poder de Chanfaina; irme á dormir á un cementerio retirado como el de San Cosme, será lo más seguro... pero ¿y los muertos y las fantasmas son acaso poco respetables y temibles? Ni por un pienso. ¿Qué haré, pues, y qué comeré en esta noche?

Embebecido estaba en tan melancólicos pensamientos sin poder dar con el hilo que me sacara de tan confuso laberinto, cuando Dios, que no desampara á los mismos que le ofenden, hizo que pasara junto á mí un venerable viejo, que con un muchacho se entretenía en sacar sanguijuelas con un *chiquihuite* en aquellas zanjitas; y estando en esta diligencia me saludó y yo le respondí cortesmente.

El viejo, al oír mi voz, me miró con atención, y después de haberse detenido un momento, salta la zanja, me echa los brazos al cuello con la mayor expresión, y me dice:—¡Pedrito de mi alma! ¿Es posible que te vuelva á ver? ¿Qué es esto? ¿Qué traje, qué sangre es ésa? ¿Cómo está tu madre? ¿Dónde vives?

Á tantas preguntas, yo no respondía palabra, sorprendido al ver á un hombre á quien no conocía que me hablaba por mi nombre y con una confianza no

esperada; mas él, advirtiéndome la causa de mi turbación, me dijo:—¿Qué, no me conoces?—No, señor; la verdad, le respondí, si no es para servirle.—Pues yo sí te conozco, y conocí á tus padres y les debí mil favores. Yo me llamo Agustín Rapamentas: afeité al difunto señor don Manuel Sarmiento, tu padrecito, muchos años; sí, muchos, sobre que te conocí tamañito, hijo, tamañito; puedo decir que te ví nacer; y no pienses que no; te quería mucho y jugaba contigo mientras que tu señor padre salía á afeitarse.

—Pues, señor don Agustín, le dije, ahora voy recordando especies, y en efecto, es así como usted lo dice.—¿Pues qué haces aquí, hijo, y en este estado? me preguntó.

—¡Ay, señor! le respondí remedando el llanto de las viudas; mi suerte es la más desgraciada; mi madre murió dos años hace; los acreedores de mi padre me echaron á la calle y embargaron cuanto había en mi casa; yo me he mantenido sirviendo á este y al otro, y hoy el amo que tenía, porque la cocinera echó el caldo frío y yo lo llevé así á la mesa, me tiró con él y con el plato me rompió la cabeza, y no parando en esto su cólera, agarró el cuchillo y corrió tras de mí, que á no tomarle yo la delantera, no le cuento á usted mi desgracia.

—¡Mire qué picardía! decía el cándido barbero;

¿y quién es ese amo tan cruel y vengativo?—¿Quién ha de ser, señor? le dije; el mariscal de Birón.—¡Cómolo! ¿Qué estás hablando? dijo el rapador; no puede ser eso; si no hay tal nombre en el mundo. Será otro.—¡Ah! sí, señor, es verdad, dije yo; me turbé; pero es el conde... el conde... el conde... ¡válgate Dios por memoria! el conde de... de... de Saldaña.—Peor está ésa, decía don Agustín; ¿qué, te has vuelto loco? ¿Qué estás hablando, hijo? ¿No ves que esos títulos que dices son de comedia?—Es verdad, señor; á mí se me ha olvidado el título de mi amo, porque apenas hace dos días que estaba en su casa; pero para el caso no importa acordarse de su título, ó aplicarle uno de comedia, porque si lo vemos con seriedad, ¿qué título hay en el mundo que no sea de comedia? El mariscal de Birón, el conde de Saldaña, el barón de Trenk y otros mil fueron títulos reales, desempeñaron su papel, murieron, y sus nombres quedaron para servir de títulos de comedias. Lo mismo sucederá al conde del Campo azul, al marqués de Casa nueva, al duque de Ricabella y á cuantos títulos viven hoy con nosotros: mañana morirán y *Laus Deo*; quedarán sus nombres y sus títulos para acordarnos sólo algunos días de que han existido entre los vivos, lo mismo que el mariscal de Birón y el gran conde de Saldaña. Conque nada importa, según esto, que yo me acuerde ó me olvide del título del amo que me golpeó. De lo que no me olvidaré será de

su maldita acción, que éstas son las que se quedan en la memoria de los hombres ó para vituperarlas y sentirlas, ó para ensalzarlas y aplaudirlas, que no los títulos y dictados que mueren con el tiempo, y se confunden con el polvo de los sepulcros.

Atónito me escuchaba el inocente barbero teniéndome por un sabio y un virtuoso. Tal era mi malicia á veces, y á veces mi ignorancia. Yo mismo ahora no soy capaz de definir mi carácter en aquellos tiempos, ni creo que nadie lo hubiera podido comprender; porque unas ocasiones decía lo que sentía, otras obraba contra lo mismo que decía; unas veces me hacía un hipócrita, y otras hablaba para el convencimiento de mi conciencia; mas lo peor era que cuando fingía virtud lo hacía con advertencia, y cuando hablaba enamorado de ella hacía mil propósitos interiores de enmendarme, pero no me determinaba á cumplirlos.

Esta vez me tocó hablar lo que tenía en mi corazón; pero no me aproveché de tales verdades; sin embargo, me surtió un buen efecto temporal, y fué que el barbero, condolido de mí, me llevó á su casa, y su familia, que se componía de una buena vieja llamada tía Casilda y del muchacho aprendiz, me recibió con el extremo más dulce de hospitalidad.

Cené aquella noche mejor de lo que pensaba, y al día siguiente me dijo el maestro: — Hijo, aunque ya eres

grande para aprendiz (tendría yo diez y nueve ó veinte años: decía bien), si quieres, puedes aprender mi oficio, que si no es de los muy aventajados, á lo menos da qué comer; y así aplícate que yo te daré la casa y el bocadito, que es lo que puedo.

Yo le dije que sí, porque por entonces me pareció conveniente; y según esto, me comedía¹ á limpiar los paños, á tener la vacía y á hacer algo de lo que veía hacer al aprendiz.

Una ocasión que el maestro no estaba en casa, por ver si estaba algo adelantado, cogí un perro, á cuya fajina me ayudó el aprendiz, y atándole los pies, las manos y el hocico, lo sentamos en la silla amarrado en ella, le pusimos un trapito para limpiar las navajas, y comencé la operación de la rasura. El miserable perro ponía sus gemidos² en el cielo. ¡Tales eran las cuchilladas que solía llevar de cuando en cuando!

Por fin, se acabó la operación y quedó el pobre animal retratable, y luego que se vió libre, salió para la calle como alma que se llevan los demonios, y yo, engreído con esta primera prueba, me determiné á hacer otra con un pobre indio que se fué á rasurar de á medio. Con mucho garbo le puse los paños; hice al aprendiz trajera

¹ Por *comedirse* y con más frecuencia *acomedirse*, se entiende vulgarmente prestarse con voluntad y gusto á ayudar á otros en sus trabajos y quehaceres, ó desempeñarlos por ellos. *E.*

² No podía ladrar y así sólo gemía.